

Conciencia histórica y comunidad política

José Luis Villacañas Berlanga
josluisvillacaasberlanga@gmail.com

LA TRANSFORMACIÓN DE LA CONCIENCIA HISTÓRICA: EL PRESENTE

Nietzsche, que asistió a la eclosión de la conciencia histórica que produjo la fundación del II Reich, reivindicó tres formas de abordar el pasado que se han convertido en puntos de vista canónicos.¹ Estos tres modos, anticuario, monumental y crítico, dieron frutos excepcionales porque, por encima de todas las diferencias, se desplegaron en una época que estaba comprometida con la ciencia como forma ética de existencia. La historia anticuaria produjo ni más ni menos que la edición de las fuentes germánicas de Theodor Mommsen;² la historia crítica se centró en la cuestión de desmitificar la vida de Jesús y la evolución de la iglesia;³ y la monumental produjo poco a poco la ciencia de la biografía, que de la mano de Ernst Kantorowicz nos dio obras de arte ejemplares, como su magnífica biografía

1. Friedrich NIETZSCHE: *Unzeitgemasse Betrachtungen. Vom Nutzen und Nachteil der Historie für das Leben*, Leipzig, Verlag von E. W. Fritsch, 1874.
2. Por supuesto, la edición de *Monumenta Germanica Historica* no fue un proyecto de Mommsen, pues procedía de los tiempos del Freiherr von Stein, pero sin duda fue impulsado con decisión por Mommsen, desplegando el trabajo de Barthold G. Niebuhr. Antes de este proyecto había emprendido la edición del *Corpus Inscriptionum Latinarum*, en 16 volúmenes. En la MGH fundó la serie *Auctores antiquissimi*. Para esta familia y todas sus dimensiones hasta la actualidad, cf. Peter KÖPF: *Los Mommsen, La historia de los alemanes a través de una familia de 1848 hasta la actualidad*, Valencia, PUV, 2008.
3. David Friedrich Strauss había editado su *Das Lebens Jesus, kritisch bearbeitet*, muy pronto, en 1835, en dos volúmenes publicados por la casa Osiander de Tubinga; y desde luego seguía muy apegado a la mentalidad crítica ilustrada en la que lo habían precedido G. Lessing, H. S. Reimarus y el propio J. G. Fichte. No es un azar que Strauss escribiera en 1862 la biografía de Reimarus y que publicara al final de su vida un tratado sobre el *Natán* de Lessing. Cerca de la época en que escribe Nietzsche había editado su *Der Christus des Glaubens und der Jesus der Geschichte*, publicada en 1865 por Duncker Verlag, de Berlín, y dirigida críticamente contra Schleiermacher. El texto que más ridiculiza Nietzsche es el de David Friedrich Strauss *Der alte und der neue Glaube*, que se puede ver en una nueva edición en Wilfried HÄRLE (ed.): *Grundtexte der neueren evangelischen Theologie*, 2, Leipzig, Auflage, Evangelische Verlagsanstalt, 2012.

de Federico II.⁴ Hoy esas tres formas de comprender la historia nos resultan lejanas porque ya no tenemos una idea sublimada de la ciencia, ni nos emociona una cultura dominada por el sentido heroico de lo sobrehumano, ni albergamos una voluntad de emancipación respecto de las coacciones de la religión, por ejemplo. Pero si queremos entender el presente, hay una diferencia todavía mayor que no debemos ocultar.

La conciencia histórica, en cualquiera de sus direcciones efectivas, suponía una representación abierta del futuro y trataba de dar argumentos respecto de una posible evolución. De forma monumental, crítica o documental, se deseaba preparar y diseñar un futuro de fidelidad, crítico o de exaltación respecto de un pasado. Quizá este sea el punto decisivo que nos diferencia de aquel tiempo que se forjó a finales del siglo XIX. Por aquel entonces el despliegue del mundo que allí se iniciaba era tan ignoto como problemático. Los historiadores se enfrentaron al pasado con la idea de forjar un horizonte futuro reconocible y deseable. Las obras de T. Mommsen, Droysen, Meyer, Weber y el propio Nietzsche ofrecieron perspectivas de futuro al Reich que entonces se iniciaba.⁵ El viejo pacto alemán entre poder político y Universidad ofrecía el marco adecuado dentro del cual el Estado recibía de los historiadores las opciones a la mano para forjar su propia agenda. Hoy podemos evaluar aquella situación y comprobar cómo el II Reich se orientó finalmente por la perspectiva convergente que creó la valoración de la gran personalidad capaz de expresar el genio de la nación, y que al final se concretó en la figura cesarista plebiscitaria que Mommsen había identificado como la cima de la República romana, o en la figura genial de un joven Alejandro que podía conectar sus ideales imperiales con el lejano oriente.

4. Aunque Kantorowicz es más tardío, representó como nadie los ideales de la nueva historia del círculo de Stefan George, directamente inspirado en Nietzsche, como se sabe. Su gran obra histórica es *Kaiser Friedrich der Zweite*, editada por George Bondi de Berlín, en 1927, y que en 1931 fue acompañado de un *Ergänzungsband, Quellennachweise und Exkurse* en la misma casa editorial. Una nota sobre el libro se puede ver en David ABULAFIA: «Kantorowicz and Frederick II», *History*, 62-205 (1977), pp. 193-210. Para su camino y el de tantos otros historiadores alemanes en América, cf. Hartmut LEHMANN y James J. SHEEHAN: *An Interrupted Past: German-Speaking Refugee Historians in the United States after 1933*, Cambridge, German Historical Institut, 1991.
5. En efecto, la *Römische Geschichte* de Theodor Mommsen, iniciada en la década de mitad de siglo, se publicó en tres volúmenes entre 1854 y 1856 en la editorial Weidmannsche Buchhandlung, de Berlín, y definió la idea de un imperio cesarista plebiscitario y democrático, que tuvo gran influencia en la autopercepción del II Reich mientras fue conducido por Bismarck. Johann Gustav Droysen, por su parte, había editado *Geschichte des Hellenismus* en una fecha tan temprana como 1836, publicada por la editorial Perthes de Hamburgo; pero con sentido de la oportunidad la volvió a editar, junto a la Historia de Alejandro, con la misma casa, pero en Gotha, en 1877. En ella desplegó un sentido del imperio diferente al del cesarismo democrático de Mommsen, pues ahora se trataba de organizar un imperio cosmopolita, interracial y económico. Edouard Meyer publicó en Stuttgart *Geschichte des Altertums* entre 1884-1902 y tuvo multitud de ediciones, señalando de forma intensa la decisión de Octavio de limitar su conquista de pueblos germánicos y proponiendo un limes definido con los pueblos latinos que debía configurar la historia alemana. Se puede consultar en una edición digital en Google Books. Por su parte, Max Weber se entregó con pasión a *Römische Agrargeschichte in ihrer Bedeutung für das Staat und Privatrecht*, que publicó en Stuttgart, Enke, en 1891, con la idea de denunciar las similitudes entre la clase senatorial y los *junkers* prusianos, ambos estamentos parásitos del Estado al que proclamaban defender.

Hoy la evolución del mundo histórico presenta rasgos muy distintos. En realidad, tras los diagnósticos del fin de la historia de Francis Fukuyama, ya no tenemos la misma conciencia histórica. No estamos ante un mundo que se considere abierto al futuro, ni que pueda imaginar un progreso que no sea entregado a la innovación y la transformación tecnológica. A diferencia del pasado, sin embargo, ese futuro tecnológicamente abierto se anuncia como el catalizador de crisis sociales profundas y continuas. Así, nuestro presente, golpeado por crisis pasadas y nuevas previsible, yace bajo el peso de la inseguridad y la amenaza del cierre evolutivo de las sociedades democráticas. Los poderes que controlan la dirección mundial se nos manifiestan mucho más compactos; la información con la que cuentan, ingente; la agenda que desean impulsar, ya decidida. Por su parte, las poblaciones que tienen que gobernar se muestran receptivas, dóciles y disciplinadas por casi un siglo de gobierno paternalista de masas, pero al mismo tiempo inquietas, sensibles y alarmadas. Justo por eso, los escenarios de futuro albergan riesgos importantes. Una ciudadanía exigente en el corto plazo y acrítica en su conciencia del largo plazo es sencillamente una bomba incontrolable. De este modo, un futuro sembrado de crisis y una ciudadanía jugando al corto plazo describen una tensión entre gobernanza neoliberal y democracia que genera una amplia incertidumbre en las elites dirigentes y una inseguridad sistémica general.

Ante esa situación, e impulsados los actores dominantes por el miedo, se ponen en marcha operaciones de control de masas desconocidas hasta la fecha. A diferencia de la propaganda de masas gestáltica, concentrada y propia de los sistemas totalitarios, se trata ahora de una fanatización dispersa, por cuanto que se basa en el goce de hacer notar la propia existencia singular mediante formas expresivas brutales, radicales y continuas. Con ello, la influencia y la manipulación del psiquismo de poblaciones, producida por inmensos aparatos técnicos de movilización de opinión, es intensa y contagiosa. En este escenario de inseguridad, cada gran poder desea contar con sus propios defensores fanatizados, organizados en verdaderas redes internacionales de comunicación. Para todos ellos, el fanatismo de masas es el único medio seguro para fidelizar a poblaciones dóciles y acríticas en situación de riesgo y en medio de una lucha internacional de poderes. Es como si los poderes que se han beneficiado de la fidelidad de las poblaciones democráticamente organizadas hasta la fecha demostraran que todo era una postura cínica y que la democracia solo servía cuando era un sistema de control poblacional. Ahora, cuando las exigencias democráticas se pueden volver contra sus intereses, sencillamente buscan otros medios de control. Estos implicarían una escalada en la conflictividad política para promover una reacción de indiferencia política mayoritaria. En realidad, se trata de un medio que intensifica la docilidad.

La finalidad de esta praxis tiene rasgos específicos. Ya no se trata de orientar una apertura histórica, sino de controlar el futuro en una situación de estancamiento o de crisis continuas. En esta situación, las opciones de futuro

se toman reactivas, conservadoras, inerciales y autorreferenciales; surgen de la fijación de trincheras inatacables, y constituyen ofertas de mundos cerrados, sin alternativas, que ofrecen interpretaciones totales y clausuran cualquier resquicio por el que se pueda introducir una pregunta, un cuestionamiento, una distancia crítica. Esas actitudes introducirían una brecha en la adhesión fanática. Decir la verdad se reduce a expresar fidelidad a aquellas tesis que fortalezcan la posición apriorística ya definida. En realidad, solo cuenta la verdad psíquica del fanático seguidor en una especie de confesión pública. La corriente que atraviesa el mundo a través de las redes imanta así el psiquismo de los fieles y sume en la indiferencia escandalizada al resto de la ciudadanía. Un estilo psíquico los une, basado en compartir insultos, mentiras, enemigos y actitudes que definen dogmas. Una internacional de la barbarie psíquica conforma así un ejército de reserva dispuesto a pasar a mayores.

En esta situación histórica solo tiene sentido relacionarse con el pasado si eso lleva a la autoafirmación. Emerge así una reserva de base contra la práctica de la historia, inevitablemente productora de distancias. Ya no tiene sentido la historia anticuaria, porque la acumulación de verdades parciales de archivo no tiene relevancia para las pasiones de las masas. Tampoco tiene sentido la historia crítica, porque los rumbos de futuro están marcados y decididos de forma inflexible y no consienten la problematización. La historia como apertura a otras posibilidades es igualmente despreciada, porque la autoafirmación marca un rumbo fijo a la subjetividad existente. Ya no se trata de identificar los déficits colectivos, ni de mejorar las prestaciones de un poder democrático responsable por las exigencias de una ciudadanía consciente y reflexiva; no se trata de reconfigurar estructuras históricas persistentes, ni de imaginar opciones abiertas desde procesos pasados o latentes, ni de liberarse o emanciparse de nada, ni de compensar aceleraciones técnicas con intensificaciones del mundo de la vida anclado en el pasado. Ahora se trata de imponer una agenda única y de construir una conciencia militante insensible a otras opciones. Por supuesto, el sentido último ya no se cifra en ganar campañas electorales en medio de luchas deliberativas, sino en configurar poderes inflexibles cuya relación con la democracia ya está falseada, pues su posición final sobre ella se revela como voluntad de control.

LA CENTRALIDAD DE LA LEYENDA NEGRA

Esta es la premisa epocal que caracteriza al espíritu del presente y determina el nuevo uso de la historia que vemos por doquier. En esta agenda ya no dominan los problemas nacionales de perfeccionamiento de ciudadanía republicanas, ni las deconstrucciones de subjetividades ciegas a la heterogeneidad. Los legados del pasado serán abordados en la medida en que conecten con la agenda global propia de esos poderes supranacionales que se disputan la hegemonía mundial.

De forma implícita, se está forjando la conciencia propia de una organización del mundo sobre grandes espacios todavía sin cerrar, con alianzas incipientes, indecisas, entregadas al tanteo de sus afinidades electivas. En esos movimientos se aprecia sobre todo la diferencia entre aquellos poderes que dan por superadas las formas de relación representativa y crítica con la ciudadanía, por un lado, y los espacios cada vez más reducidos en los que todavía se preserva una conciencia normativa de la política, por otro. En todo caso, la política de los nuevos usos del pasado, impulsada por los directores de los flujos internacionales de opinión, se ve obligada a explotar los espacios históricos propios de los países que se desea alinear con estas agendas. Surge así una variación nacional de la misma agenda internacional fanatizadora. En Estados Unidos, los ideales racistas de la guerra de Secesión; en Alemania, por supuesto, se usa el asunto del nazismo y el negacionismo del Holocausto; en los países orientales de Europa se explota el asunto de la amplia colaboración con las autoridades soviéticas; en Francia todo sucede ocultando, tapando o fortaleciendo el antisemitismo y el Gobierno de Vichy; en Italia, defendiendo de forma clara la política del fascismo; en Brasil, reconstruyendo la imagen y la historia de las dictaduras militares para así tolerar y hacer la vista gorda ante el poder actual del Ejército que, obviamente, determina la nueva presidencia.

En España este archivo propio que nos alinea con la internacional del fanatismo se constituye alrededor de la Leyenda Negra. Lo que de esta forma estalla es una personalidad dispuesta a la autoafirmación, dejando en libertad sin inhibiciones todo tipo de sentimientos oscuros, bajo la condición de que impliquen la definición de un enemigo. No debemos olvidar que esa autoafirmación incondicional es lo que hay siempre detrás del supremacismo. En todos los casos, la interiorización de esa enemistad es la clave de un sentimiento de autenticidad y de superioridad, bajo la forma del desprecio y del odio al enemigo. El denominador común de todas estas paradójicas franquicias del resentimiento y la desinhibición, del orgullo y la brutalidad, del supremacismo y la barbarie, es la fidelidad a un actor central que dirige la agenda internacional. La Leyenda Negra reúne todos estos requisitos porque, además de disponer de una forma de amigo-enemigo intensificada por la imagen de la continuidad histórica, alinea de forma decidida a nuestro país a favor de la forma imperial, ahora en peligro ante la posibilidad de un orden mundial más plural. Así, promover una mentalidad imperial desinhibida es un rendimiento especialmente afín con la forma de actuación que se desea promover desde el centro directivo. Pues resulta evidente que esa agenda central viene impulsada por Estados Unidos, un aspirante a no perder su dominación mundial dirigiendo con firmeza un gran espacio político-cultural afín. Esta intensa aspiración puede proceder de un colapso en su capacidad de producir hegemonía, pero también es fruto de la voluntad de otros de hacerse respetar en este escenario mundial de *pluriversum*. En todo caso, se trata de un escenario de choque y de lucha que fue la imagen

que Samuel Huntington legó a las elites conservadoras norteamericanas tras el diagnóstico del fin de la historia de Fukuyama.

Este es el sentido de la reactivación de la problemática de la Leyenda Negra hispana, que no concierne solo a España, sino también a las elites criollas de la América hispana. Aquí, como en otros lugares, se utilizó el elemento nativo y autóctono y los antecedentes propios españoles que ya habían mostrado su eficacia. Y de la misma manera que en Alemania se reactivó la vieja polémica de los historiadores sobre el nazismo, en España se intensificaron aspectos históricos que ya se habían puesto en circulación con el largo Gobierno de José María Aznar. En efecto, ya los Gobiernos previos del Partido Popular, y sus intelectuales de referencia, habían iniciado políticas revisionistas de la historia. Esto no es nuevo. Lo nuevo y diferente ahora es la intensidad de la revisión y la ausencia completa de relación con la ciencia histórica. Revisiones compensatorias de la Leyenda Negra se habían visto con los libros de García Cárcel, o de Joseph Pérez.⁶ Por supuesto, los antecedentes de esta revisión hay que apreciarlos en las grandes campañas de publicidad de las posiciones sobre Carlos V y Felipe II llevadas a cabo por Manuel Fernández Álvarez, cuyas ideas se configuraron en plena Dictadura y que fueron traspasadas a la época democrática como si fueran una novedad.⁷ También se había iniciado esta ceguera de la conciencia crítica con los libros de Pío Moa.⁸ Aquí, como siempre, se produjo una selección temática de los problemas en función de la ideología del actor principal y de la capacidad de arremolinar opinión pública.

Sin embargo, pronto se vio que esta finalidad no se lograba con la figura de Franco, que reposaba sobre una base demasiado estrecha de fidelidad y de memoria. Era más fiable un tema que pudiera jugar como metonimia del ser español, que afectara a cierta pretensión de esencialidad española y no de circunstancialidad, y que por eso afectara a cualquier persona que no estuviera

6. Ricardo GARCÍA CÁRCCEL y Lourdes MATEO BRETOS: *La Leyenda Negra*, Madrid, Anaya, 1990. García Cárcel insistió en su argumento de leyenda gris en *La Leyenda Negra, Historia y Opinión*, Madrid, Alianza, 1998. Joseph Pérez, a quien debemos un libro espléndido sobre el movimiento comunero, intervino dulcificando la Leyenda en su obra de 2009 *La Leyenda Negra* (Gadir, Madrid); Jesús Villanueva contraatacó señalando lo obvio, la dimensión política de toda reactivación de la Leyenda en el siglo XX. Cf. su *Leyenda Negra, una polémica nacionalista en la España del siglo XX*, Madrid, Catarata, 2011.
7. Puede verse en sus registros bibliográficos de Dialnet. Allí se aprecia cómo su mirada sobre Carlos V, plenamente apologética, se configura en los años cincuenta, mientras editaba el limitado Corpus documental sobre el emperador. Su Carlos V ya estaba publicado en 1976 en el franquista Instituto de Cultura Hispánica.
8. La carrera de Pío Moa como escritor es muy interesante. Se inició realmente con *El derrumbe de la II República y la Guerra Civil* en pleno Gobierno de Aznar, publicado por la editorial Encuentro de Madrid en 2001 y luego en colaboración con Javier Ruíz Portella, con la publicación del libro decisivo del revisionismo sobre la Guerra Civil 1934, *comienza la Guerra Civil: el PSOE y la Esquerza emprenden la contienda*, Barcelona, Áltera, 2002. Es muy importante recordar que la editorial Encuentro es muy cercana a los sectores católicos más conservadores y que en ella vería la luz el primer ensayo de refutar la Leyenda Negra, el libro de Iván Vélez *Sobre la Leyenda Negra* (Madrid, 2014). En realidad, este libro es el antecedente principal del libro de Roca Barea. Y deberíamos preguntarnos por qué hizo necesario el posterior de Roca Barea.

contaminada por una tradición partidista limitada. Para ello, el significante central no tenía que concernir al pasado reciente, para que no afectara a tradiciones partidistas cercanas. La Leyenda Negra era tema óptimo porque evadía la diferencia entre poblaciones ancladas en tradiciones políticas recientes, y superaba la escisión rojos/azules, republicanos/nacionales. El efecto ideal buscado se vio en las redes cuando se estableció el nuevo esquema de transversalidad producido por la indignación ante la Leyenda Negra: «Mis abuelos eran republicanos, pero orgullosos de ser españoles». «Yo soy de izquierdas, pero orgulloso de ser español». Al remontar aguas arriba de la historia y abarcar un amplio periodo temporal, se podía ofrecer un relato sobre la totalidad de la continuidad histórica de España. Con ello se evadía el obstáculo de alineación con la Segunda República, o los afectos de muchos indispuestos con la memoria de Franco. En realidad, se conseguía trasladar una imagen cultural franquista sin la memoria genealógica de su origen.

En verdad fue una operación verosímil. Posiblemente no haya ningún otro asunto, en una historia tan desdichada como la española, que pueda concernir tanto a quien ingenua y sencillamente se sienta español como esta presentación de la pobre España como la nación apestada, odiada, ridiculizada y despreciada entre las naciones europeas. Y todo por haber sido la portadora de la idea imperial, que desde el nuevo paradigma norteamericano se puede presentar como vanguardia de la modernidad, exitosa punta de lanza de la evolución y renovación cosmopolita de la humanidad. Resulta evidente que ninguna ideología reciente permitiría el alineamiento de tanta gente en la agenda directiva global, en esa internacional neoliberal ya básicamente imperial, que prepara su choque con otros grandes espacios aspirantes a intervenir en el orden mundial. Esta alineación de España al servicio de la consolidación de la dominación imperial neoliberal venía forjándose también desde el aznarismo. La operación ya entonces consistía en identificar el sentimiento básico de ser español con la actitud antieuropea. En este sentido, toda la operación puede considerarse como una *ékphrasis* legitimadora de la foto de las Azores. Esa síntesis de españolidad y antieuropeísmo –poderosamente franquista– ya la había ensayado Gustavo Bueno en la época de Aznar, con su libro *España frente a Europa*, basado fundamentalmente en la ideología de Ramiro de Maeztu y la idea supranacional de hispanidad,⁹ tan querida por las elites criollas hispanoamericanas, sobre todo las mexicanas, organizadas en movimientos poderosos como los Legionarios de Cristo.

Pero Gustavo Bueno, a pesar de su radicalidad, tenía tres dificultades: primero, un lenguaje esotérico, solo apto para virtuosos especulativos obsesivos; segundo, basarse en fuentes escolásticas abstrusas; y tercero, tener discípulos y seguidores muy connotados por su participación en la Fundación DANAES para la defensa de la nación española, promovida en su día por Esperanza Aguirre con

9. Gustavo BUENO: *España frente a Europa*, Palma de Mallorca, Alba editorial, 1999.

elementos cercanos a VOX. En cierto modo, todo eso invalidaba el libro del seguidor de Gustavo Bueno, Iván Vélez, por demasiado connotado desde un punto de vista partidista.¹⁰ Se necesitaba alguien que no perteneciera a los estratos universitarios con sus tics elitistas, alguien que no fuera un *clercs* distante, ni un estudioso aburrido, alguien que no mantuviera cierto aire clerical excéntrico. Se necesitaba, además, una persona completamente nueva, sin pasado, sin perfil partidista, que no tuviera el flanco débil de Pío Moa. Sin embargo, ese alguien debía gozar de una personalidad desinhibida que por sí misma fuera una invitación a que todos sus lectores extremaran su gesto hasta el descaro. Por supuesto, se puso a su servicio la recogida de información por parte de los becarios de algún departamento universitario de una universidad del sur de España, para dar un perfil documentado al producto final, y se buscó una editorial sin imagen especial, prestigiosa por su trayectoria, como Siruela, aunque con ciertos enlaces discretos con Aznar a través de su director editorial, un hermano del juez Gómez de Liaño. Además, se debía asumir la ventaja adicional de que fuera mujer, porque cualquier crítica pronto podría ser respondida como machista.

Así surgió doña Elvira Roca Barea. Como un dios salvador gnóstico, irrumpió de repente, sin antecedentes, sin historia, sin relación alguna con el mundo académico, político o público, desde la honesta plaza de su Instituto de Enseñanza Secundaria. Se había mantenido oculta, como los dioses gnósticos, para conservar su pureza inmaculada, para vivir protegida de las potencias del mal. De repente, tras una visita a Boston –no a la Universidad de Harvard– con una exposición de la Marca España se reveló como la nueva emisaria de la buena nueva de España. Fue como aquel irrumpir de Cristo en la sinagoga de Cafarnaúm, ella sola de repente en medio de los doctores, dominando mejor que todos ellos los intrínquilos de la Sagrada Escritura de la grandiosa historia española y de su imperio moderno, cosmopolita, meritocrático, defensor de las clases medias y plenamente avanzado. Luego, los grandes convertidos, los apóstoles de la nueva fe, brotaron por doquier. Ministros, expresidentes del Gobierno de España, premios Nobel y periodistas. Le llovieron los honores, reconocimientos, en un clima suprapartidista en el que todos rindieron pleitesía bajo el aplauso unánime de la prensa: desde VOX al PSOE de Guerra y de Borrell; desde el C's de Rivera (al que sirvió de telonero en un mitin en Málaga) al viejo PP, el de Aznar, el de María San Gil, el de Mayor Oreja. Era la señal de transversalidad perfecta, la misma que presidía las manifestaciones en Barcelona promovidas por la Sociedad Civil Catalana. Los oradores de aquella manifestación prodigiosa coincidieron en sus alabanzas del libro de Roca Barea. La Junta presidida por Susana Díaz le otorgó en 2018 la medalla de Andalucía. El diario *El País* le brindó páginas centrales

10. En efecto, Iván Vélez es militante y parlamentario de VOX. Ahora preside DANAES y pertenece a la fundación Gustavo Bueno. Su libro sobre la Leyenda Negra, erudito y meticuloso, se publicó en la Editorial Encuentro en 2014.

dominicales para que ella abordara el futuro de la izquierda, mientras Alfonso Guerra participaba con ella en un curso de geoestrategia española en la Universidad de Málaga, y Felipe González y Esteban González, junto con otros, la proponían para el premio Princesa de Asturias, mediante el fomento de una campaña de recogida de firmas desde su pueblo El Borge.

EL EFECTO

Así que Roca Barea devolvió, según se dice, el orgullo de ser español a millones de lectores y de oyentes. Pero hizo algo más. Extendió su propuesta fundamental: ser español es ante todo estar en contra de la Leyenda Negra. Y esto significa mantener abierta la guerra religiosa que la produjo y el odio existencial a los enemigos que nos combatieron. Por supuesto, aquí, como siempre, se trataba de imponer este enunciado sin matices, de manera absoluta, ampliada, fanatizada. Cualquiera que enunciara una posición crítica sobre la historia de España y su imperio era un antiespañol y negrolegendario. Cualquiera que se mostrara comprensivo con la Reforma, también. Cualquiera que hablara bien de un país europeo, lo mismo. De esta forma el inicial orgullo de ser español se ampliaba a otros elementos, y todo ello al hilo del poder transversal de la Leyenda Negra. Ser español ahora no era solo algo de lo que tuviéramos que estar orgullosos, sino que significaba ser católico (objetivamente católico, al margen de la convicción interior, pues esta es una categoría protestante y, como sabemos, para cierta comprensión del catolicismo los sacramentos rinden efectos incluso cuando se reciben contra la voluntad de los receptores), ser antieuropeo, antiprotestante, antibritánico, y serlo todo ello dogmáticamente, sin tener la mínima duda de que se tenía la razón.

Pero no solo eso. Se trataba también de estar a favor de los imperios y sobre todo del único imperio existente, el norteamericano. Pues los imperios eran la punta de lanza de la evolución de los pueblos, la definición de los pueblos superiores, y llevaban con ellos el progreso a los colectivos oprimidos por las oligarquías cosificadas de las pequeñas naciones y provincias, bien defendidas por sus intelectuales a sueldo. Esta dimensión imperial venía muy bien para mostrar el aspecto emancipador del imperio español respecto de las oligarquías indígenas mexicas o incas, pero también para denunciar el independentismo catalán como expresión oligárquica de minorías regresivas y arcaizantes, instaladas en la melancolía alentada por historiadores y escritores pagados.

De esta manera se llegó a un paso más allá respecto de todos los que se habían dado antes. Los libros de García Cárcel, de Joseph Pérez o de otros autores intentaban matizar la historia. Mejores o peores, mostraban matices, valoraciones, críticas. Intentaban mediar y analizar la propaganda de una guerra internacional compleja. El libro de Roca Barea no quería eso. Su retórica, su archivo, su

escritura, eran diferentes y no tenía nada que ver con la historia como disciplina. No mediaba un análisis pormenorizado de ninguna constelación histórica concreta. En realidad, no es un libro de historia. Alude permanentemente a agravios que nos habían infligido de forma continua, hasta el presente, hasta la crisis de 2008 y sus hombres de negro; agravios que debían ser respondidos con sentimientos de rabia, de odio, de desprecio, de inquina, de superioridad. La autora no describe de otra forma una batalla histórica, sino que la mantiene abierta, sangrando. Anima a sus lectores a que permanezcan todavía implicados en aquella guerra y reclama de ellos la consecuencia de resistir a los enemigos. Y lo hace con una firme voluntad: considerar que en aquella batalla España tenía la razón, que en aquellos días era un pueblo superior y que sus enemigos en el fondo la resistían por resentimiento, para no reconocer la supremacía y la idea superior que ella portaba.

En este sentido, su tesis no era diferente de la que desplegara en su día Fernández Álvarez. Este en el fondo afirmaba que la Leyenda Negra era una elaboración propagandística que concernía a la «historia de un pueblo». No a un *momento* de la historia de un pueblo, sino a la historia *entera* y afectaba por tanto a su *ser*. La aspiración de la Leyenda Negra era descalificar *moralmente* a ese pueblo, no a sus elites gobernantes o intelectuales, sino al pueblo en sí, hasta el más sencillo de sus hijos. Fernández Álvarez aseguraba que la meta de los creadores de la Leyenda Negra era «combatir por todos los medios su supremacía [la de España]». ¹¹ Este punto es decisivo. Es la supremacía de España la que se quiere combatir mediante su degradación moral. La tesis es ya la de Roca Barea que, en efecto, no tiene ninguna originalidad, pues procede de la época franquista en la que el régimen de la Dictadura conoció un aislamiento oficial de las democracias europeas. Lo nuevo respecto de la época anterior de la Dictadura era la ingente propaganda y publicidad procedente de todos sitios, propia del sistema de poderes mediáticos en el que vivimos y que obtiene cierta legitimidad de su aparente pluralidad.

En efecto, esa proyección de la lucha imperial al presente, esa comprensión de que la lucha religiosa y política contra Europa todavía permanece entre nosotros, en acto, viva, a pesar de que éramos el segundo país del mundo en recibir visitantes y turistas, tampoco es novedosa. Había sido el dispositivo preferido de Franco para mantener su régimen en los momentos más desoladores de la posguerra, cuando el Caudillo se había quedado sin aliados y rechazó la propuesta de don Juan de restaurar la monarquía «de todos los españoles». Allí se vio la eficacia de dos elementos importantes. Primero, que reactivar la actualidad de la Leyenda Negra era un recurso del poder para mantenerse férreamente en una posición numantina. Segundo, que implicaba siempre la división entre vencedores y vencidos; esto es, que era la manera que tenían las elites vencedoras de mantenerse en su estatuto, identificando a los enemigos exteriores e interiores, a

11. Cf. sus posiciones en Alfredo ALVAR EZQUERRA: *La leyenda negra*, Madrid, Akal, 1997, p. 5.

los hombres y mujeres de la Anti-España. Esta actitud se mantuvo en el subsuelo de la época democrática y brotó de nuevo.¹² El propio Julián Marías sentenció, en su *España Inteligible: Razón histórica de las Españas*, que la Leyenda Negra «no prescribe jamás».¹³ Aludió a que «siempre reverdece ante cualquier pretexto». La frase es ambigua, desde luego, pero parece que no quiere decir que quien la hace reverdecer es el poder de las elites dirigentes cuando se sienten en peligro. Ese fue un tic forjado por Franco.

En realidad, todo este paradigma de uso del pasado testimonia que son las elites españolas las que no pueden prescindir de la Leyenda Negra para así mantener su poder directivo sobre una ciudadanía acrítica. Este hecho es índice de una sintomatología que las caracteriza. Ante todo, de su incapacidad para generar una óptica pasiva adecuada, verse a sí mismas en la historia con distancia y escribir la propia historia de sus actuaciones de forma verosímil. Ahí se oculta una plena conciencia de su ilegitimidad. La debilidad retórica e intelectual de esas elites las lleva a la necesidad de utilizar ese subterfugio desesperado para darse una apariencia de legitimidad. En lugar de escribir su historia con rigor, estilo e inteligencia, prefieren ceder este proceso de autoconocimiento al otro, al externo, para así tener listo el recurso al agravio, a la herida, a la incomprensión, y de esa manera reclamar un liderazgo sobre la población tanto más incondicional y acrítico, basado en la herida y el resentimiento estéril. Son esas elites las que, al levantarse sobre intereses difícilmente defendibles, ciegos a toda estructura de cooperación y de consociación, requieren bloquear toda posible influencia del otro elevándolo a enemigo y considerando como traidores a los que tienen contacto con él. En suma, es una forma de consolidar su liderazgo mediante una pura y desnuda eliminación de la inteligencia, vencida por pasiones tristes sobre las que solo puede brotar el fanatismo. Intereses que tienen que defenderse de esta manera resultan sospechosos a una inteligencia imparcial, y mucho más a quienes padecen por siglos este tipo de dominación.

Hay aquí una paradoja. Arremolinada en hábitos completamente arcaicos de dirección política, evadiendo cualquier tipo de racionalidad, eliminando la autocrítica razonable y todas las ventajas que conlleva, embarcándose en actuaciones exclusivas que solo se pueden desplegar si se goza de un monopolio del poder público, una buena parte de nuestras elites confiesa moverse en estratos mentales atávicos e inamovibles. Como evidentemente esto produce rechazo en otros elementos de la ciudadanía, y generan una crítica inevitablemente movida por criterios normativos de justicia distributiva, en todos los sentidos, estas mismas elites responden con la acusación de que todo eso procede de los defensores internos de la Leyenda Negra, a los que siempre se denuncia como aliados del

12. Véase el libro de Alberto J. GIL IBÁÑEZ: *Leyenda Negra. Historia del odio a España. El relato hispanofóbico interno y externo*, Córdoba, Almuzara, 2019.

13. Está editado en Alianza editorial (Madrid, 1985: 202). Ha tenido diversas ediciones.

enemigo y actores necesarios para su triunfo. Con eso, se sitúan en una posición inverosímil y agraviada para generar la evidencia de que son incomprendidos. Que el arcaísmo mental les suponga dividendos de fidelidad, de seguimiento y de preservación de estatus, es ciertamente una jugada refinada y maestra, aunque peligrosa. Pues implica mantener su dominación por encima de cualquier otra consideración, esquivando que quizás serían posibles otras formas de dirección política en las que ganasen más, aunque ellos no ganasen en exclusiva. Para evitar estos riesgos se alinean con poderes mundiales protectores, ante los que tienen que dar prueba de eficacia, radicalidad y fidelidad extremando sus propios rasgos de barbarie. Eso es lo que estamos viendo en el presente de forma clara: un seguidismo radicalizado de la agenda central de la nueva derecha americana.

UNA ALTERNATIVA

Una conciencia formada en una comprensión más refinada de las ciencias sociales y humanas no puede aceptar este estado de cosas, que se eleva a síntoma del nivel de civilización de un país entero. Por eso resulta intolerable en sus resultados y en sus premisas. Sin embargo, ponerle remedio no es fácil cuando una sociedad carece de un sólido liderazgo. La historia, como decía Max Weber, es un libro en blanco cuyas páginas ni están escritas ni son completamente previsibles. El presente siempre está caracterizado por combates abiertos, y desde ellos se definen los intereses en juego. La apertura del presente siempre está sometida de un modo u otro a la modalidad, y por eso la imagen del pasado también está abierta a la pluralidad. Sea cual sea el uso que nos proponamos al recordar y elaborar el pasado, siempre tiene que ver con la manera en que pensamos el futuro. El tiempo implica adaptación dinámica y activa. Nadie, ni la última especie animal, se deja llevar sin más. Sin embargo, creer que el sistema de adaptación solo puede entregarse a la renovación técnica es una miopía. Por debajo de ella, las evidencias prácticas, de las que depende la dirección que tomen las sociedades, brotan de mundos de la vida históricos, en cuya reflexión se articulan las aspiraciones de futuro. Cuanto más abierto, conflictivo y plural aparezca ese futuro, y más ciegamente entregado a la evolución técnica, más reacciones ideológicas regresivas aparecerán, como las que hemos analizado a propósito de la Leyenda Negra. En una adaptación mediante la elaboración de mundos de la vida históricos, se descubren los intereses plurales de la sociedad. En la imposición innegociable de una agenda solo se hacen visibles aquellos intereses que ya no pueden entrar en procesos de negociación sin desaparecer. Por eso, esta agenda aspirará a acallar los mundos históricos alternativos y cualquier mirada abierta hacia ellos. La negativa a negociar la mirada histórica es la primera manifestación de imposibilidad de negociación entre los actores sociales. Y es la primera señal de ilegitimidad política de quien se niega a ella. Por eso, la primera de las confusiones que

conviene evitar es que las elites que he llamado reactivas sean las más fuertes. Por definición no lo son. Su forma de comportarse en este presente delata debilidad, dependencia, necesidad de alinearse con poderes superiores, dificultad para desplegar un discurso normativo y persuasivo entre la ciudadanía, incapacidad de negociar, señal inequívoca de estatus privilegiado y, en suma, incapacidad de diseñar un futuro general para la población española.

Aquí deben estar las cartas sobre la mesa. Hay una cierta comprensión de España que, para desplegarse, requiere la dirección incuestionada de esas elites reactivas, porque su proyecto es exclusivo, parcial, que exige el sacrificio de intereses colectivos, sacrificio que se quiere compensar con el goce que produce la fidelidad y la pertenencia fanatizada a un imaginario español de superioridad. Ese proyecto es de corte neoliberal y comparte el flujo de ideología y de inversiones que converge en una clara dominación económica, cultural y social. Agendas semejantes ya se han desplegado en Chile, en Colombia, en Brasil. Ese proyecto se realizaría país a país de forma más expedita si la Unión Europea no existiera. Pues en verdad la UE representa todavía hoy la memoria de una conciencia normativa, que vincula una relativa exigencia de igualdad en derechos sociales y de amplitud de servicios públicos, con una aspiración cultural de pluralidad, diversidad y reconocimiento, inseparable de una conciencia de libertad. Por eso, precisamente por eso, la ofensiva cultural al reactivar la Leyenda Negra se ha centrado en la hostilidad a Europa. Se trata de que España no quede anclada a la conciencia normativa europea. Por tanto, la única forma de hacer frente a esa malversación del pasado que sirve a intereses de agenda neoliberal es, ante todo, ofrecer con sobriedad y con exigencia metódica, con suficiencia retórica y estilística, una visión razonable de nuestra historia capaz de brotar de una adecuada conciencia histórica. Este programa incluye para mí tres elementos. Primero, hacer ver nuestra inexcusable, esencial e insuperable dimensión europea como desde la historia del conjunto de las poblaciones hispanas. Segundo, salvar entre nosotros, en la medida de lo posible, el legado cultural y normativo de Europa, lo que no se puede hacer sin mantener la crítica histórica y la voluntad de comprender la cultura de los otros pueblos europeos. Tercero, utilizar la conciencia histórica para curar algunos males de nuestro presente, en un uso terapéutico de la historia.

La consecuencia principal del primer punto del programa es que eso que llamamos historia nacional es siempre historia europea. La historia nacional siempre lleva a Leyendas Negras de unos y de otros, pues el orden nacional siempre fue un orden de lucha y competencia; y su vértebra, la soberanía, siempre se impuso y se amplió desde el estado de necesidad que generaron las guerras. La Leyenda Negra fue desde luego la expresión de una guerra civil europea. Pero como sabemos, las guerras civiles son la expresión más rotunda de la unidad de un cuerpo político. En ellas se dilucida la comprensión de esa unidad y por eso se produce la profunda herida de la dualidad. No fue una guerra de España contra Europa, como de forma ligera enunció Gustavo Bueno. Fue más bien la lucha

compleja y llena de matices de dos formas de comprender esa unidad europea, la católica y la reformada. Como siempre, en las guerras civiles hay vencedores y vencidos, y forma parte de la inteligencia refinada de los vencidos comprender por qué se produjo su derrota. Los mundos históricos se deciden así, desde luego, pero el deber principal del vencido es superar el resentimiento mediante la comprensión intelectual de lo que en su derrota hubo de necesario, entre otras cosas por sus propios errores. Comprender la victoria del vencedor, incluso mejor que el propio vencedor, es lo único que libera al vencido de su derrota. Para ello se requiere mucha inteligencia, reflexión y discreción.

Los pueblos que no despliegan esas virtudes intelectuales se condenan a eternizar ese estatuto, y sus elites confiesan la imposibilidad de dirigir a sus pueblos a otra situación cuando mantienen abierto el resentimiento y el fiasco de la derrota. De este modo confiesan su estatuto de derrotados esenciales. Hay en toda esta repetición actual de la Leyenda Negra la comprensión de unas elites, parciales, desde luego, pero importantes, de que perderían posiciones de poder en una mayor integración con los modos, estilos y valores europeos. Por el contrario, hay grandes ejemplos de esta inteligencia de los vencidos que muestran la falsedad esencial de ese vulgar refrán de que la historia la escriben los vencedores. En modo alguno es así, y con frecuencia la mirada lúcida de los vencidos decide la inteligencia del futuro. Tucídides no era precisamente un vencedor; como tampoco lo fue Tito Livio, ni Maquiavelo, ni Mariana, ni Tocqueville, ni Michelet, ni Weber, ni Koselleck, entre otros.

Aquella derrota imperial, que refleja la Leyenda Negra, en realidad ya venía condicionada hasta ser inevitable por la carencia de una perspectiva histórica adecuada de las elites que la emprendieron, y trajo como consecuencia una diferencia radical entre la comprensión abierta de la historia, que determinó la victoria de algunos, y la estereotipada, cosificada, inflexible y dogmática visión que defendieron y defienden otros y que les llevó a la derrota. Por supuesto que hubo propaganda por las dos partes en aquella guerra civil religiosa, pero aquella fue ante todo una batalla cultural y epistemológica, producida por una revolución intelectual y mental. En esa batalla, una parte era fácilmente caricaturizable, y esa fue la parte española; mientras que la otra era más refinada y por eso no fue comprendida por sus enemigos hispanos. Al contrario, la novedad se mantuvo como un arcana misterioso para aquellas elites sin preparación, que no podían seguir la vivencia costosa de la libertad europea. Esta solo estuvo abierta a las mentes más refinadas, como Arias Montano o Saavedra Fajardo. En todo caso, no fue una lucha igual. Que ciertas alianzas de potencias urbanas republicanas menores vencieran o pusieran en jaque a los ejércitos de grandes principados patrimoniales, testimonia que la lucha se basaba en principios heterogéneos cuyo destino era irreconciliable. La decisión de esa lucha entre imperio y repúblicas no se debió a principios materiales de fuerza, sino a posiciones ideales que movilizaron a poblaciones con diferente intensidad emocional. Las consecuencias

fueron impresionantes porque determinaron un principio epocal irreversible y una nueva relación entre el poder y la obediencia, lo que marcó nuevos centros y periferias, nuevas vanguardias de innovación y nuevas formas de mimesis, nuevas formas civilizatorias genuinas y meros subrogados imperfectos de estas, nuevos principios civilizatorios expansivos y nuevas subalternidades. He intentado exponer todo esto en mi *Imperio, Reforma y Modernidad*, del que pronto saldrá el segundo volumen.

Por tanto, como segundo punto del programa, tenemos que estar en condiciones de comprender lo específico de esa conciencia normativa que brotó de Europa y que llegó a España en ecos bastante distorsionados y difusos. Pero con ello no se agota nuestro uso de la historia capaz de sostener nuestra integración europea como horizonte de intereses legítimos. Desde luego que la línea de fractura que se generó entonces sigue teniendo profundo efecto sobre nuestras sociedades, como se aprecia cuando nos representamos Europa como una dialéctica entre el norte y el sur. Sin embargo, tenemos que explicarnos esas distorsiones en la recepción de la normatividad que Europa estaba forjando, desde la específica constitución existencial europea de las tierras hispanas, el objetivo del primer punto del programa. El resultado de las luchas constitutivas de la modernidad –eso es lo que España tiene como memoria central, que la modernidad se forjó en una lucha contra ella– no fue independiente de antecedentes históricos que llevaron a los poderes hispanos a ver inevitable esa guerra civil europea moderna, pero también a plantearla de una forma inadecuada como gran batalla histórica. A pesar de todo, la constitución existencial europea de España no se puede confundir con su episodio moderno álgido de lucha. Opera desde mucho antes, y sin un profundo conocimiento de su larga gestación no podemos definir de forma adecuada ni nuestra perenne dimensión europea ni nuestra peculiar posición en esa historia. Por eso el primer objetivo de una conciencia histórica adecuada ha de ser rechazar la historia nacional española como un discurso autorreferencial. Nada mediamente inteligente puede brotar de ahí. Solo entonces podremos mejorar nuestra comprensión de la conciencia normativa europea.

Cualquiera que haya elevado a principal interés existencial la integración de España en la construcción europea actual ha de tener como principal aspiración historiográfica mostrar que, lejos de ser la lucha contra Europa una constante en nuestra historia, la dimensión europea ha sido un elemento fundamental de nuestra constitución interna, en el sentido positivo de que los flujos europeos han contribuido a su conformación de un modo continuo y permanente. Por supuesto, ninguno de esos momentos de intensa relación fue idílico y en la mayoría de los casos se entregaron a las relaciones de poder y de influencia; pero no podemos olvidar que esa intensa relación no fue un acto de arbitrio o de injerencia. Fue expresión de un continuo de vida histórica con intereses recíprocos, por el que también se constituía al mismo tiempo la faz posromana de Europa. Este proceso no está estudiado en la ciencia histórica española, y desde luego no ha

logrado calar en la opinión pública, pues aquella se ha centrado mucho más en la tensión entre la aspiración unitaria propia de la historia nacional y la resistencia plural de los poderes periféricos. En realidad, esta tensión, que llega hasta el día de hoy, tiene que ver con la manera en que hemos sido conformados por las relaciones europeas, y por supuesto no se comprende en su persistencia sin entender la complejidad y las diferencias de las influencias europeas sobre nuestro suelo. Las peculiaridades que hacen de la historia hispana una forma más propia de un gran espacio plural que la de una nación unitaria, ni siquiera se explican mejor cuando las vemos solo desde un juego intrahispánico.

No quiero dar la impresión de que toda la historia hispana haya sido la propia de una realidad subalterna respecto de Europa. Subalternidad no es lo mismo que condición periférica. El conjunto de fuerzas históricas hispanas fueron más periféricas que subalternas. Sin embargo, en ciertos momentos, la periferia se convierte en el punto de convergencia de múltiples poderes y las luchas que se dirimen en esa periferia se tornan fundamentales. Es más, desde Roma, la condición imperial estuvo asociada al cuidado de la frontera, con lo que se volcaron sobre ella energías y recursos importantes. La primera vez que aparece en nuestras fuentes la palabra *europenses* sucede en la *Crónica Mozárabe* y tiene que ver con la oposición a los caballeros musulmanes en Poitiers, en 732. La necesidad de mantener esa nueva frontera con el islam conformó los poderes europeos e hispanos, implicó de forma constante la cooperación de dichos poderes y mostró la funcionalidad del imperio. Una historia que quiere ser nacional presenta ocho siglos de presencia islámica como una única etapa, la llamada Reconquista, y lo hace de una manera distorsionada, cuando en realidad durante los primeros cuatro siglos fue una lucha estable de posiciones, incomprensible sin la ayuda franca. Luego, con la definición del Camino de Santiago, tras consolidarse la influencia de Cluny y Roma a finales del siglo XI y comienzos del XII, fue una historia de cruzada cuyo centro jurídico estaba en la capacidad del papa de convocarla. No podemos exagerar lo que aquello significó como dirección de influencia ideal, como flujo de recursos y de gentes hacia Hispania. Por supuesto, esa influencia erosionó la etnoformación mozárabe, plagada de sincretismos andalusíes. El efecto-presencia de ese mundo perdido ya solo lo obtenemos cuando entramos en San Baudilio de Berlanga, pero tenemos la memoria histórica del caos de las primeras décadas del siglo XII como un tiempo de aculturación, de pérdida de tradiciones propias, de cambio litúrgico y de profundas innovaciones culturales, que al final asociamos a nuestra historia nacional, pero que es incomprensible sin la influencia franca y europea. Incluso nuestro mito mayor, *El Cantar del mío Cid*, no se comprende sin esa influencia. Nuestra Edad Media fue tan parte de las tensiones entre gremios de aristocracias europeas, aristocracias menores locales y autóctonas sin posibilidades de conexión continental, aristocracias clericales y pueblos de mayor o menor consistencia étnica, como lo fue en cualquier otra parte de Europa. En esos gremios europeos de aristócratas la oportunidad de poder y riqueza podía situarse en

el centro o podía desplazarse a la periferia. Desde el siglo XI la nobleza borgoñona enraizó en las tierras hispanas, fundó el reino de Portugal y determinó la familia real de la casa de Castilla-León. Como todas las aristocracias, tan pronto como la cruzada se consideró concluida (tras la conquista de Sevilla y de Valencia) las aristocracias hispanas tuvieron un anhelo expansivo y generaron aspiraciones imperiales que llevaron su influencia a los centros europeos, alemanes o italianos. El grado de implicación fue de tal intensidad que, con el curso del tiempo, los destinos serían inseparables en la primera modernidad. La lucha moderna hunde sus raíces en nuestra constitución europea.

No deseo desplegar aquí un relato impropio. Solo deseo sugerir que hay mucho por hacer a la hora de combatir la imagen de una España contra Europa, de una España hecha a sí misma desde sí misma. Intento humildemente llevar adelante este programa en mi serie *Inteligencia hispana, ideas en el tiempo*, de la que se han editado cuatro volúmenes.¹⁴ Sin embargo, para los intereses prácticos del presente, es sencillamente necesario entender las distancias civilizatorias que siguen presionando a la contra de una mayor integración europea, de una mayor homogeneidad civilizatoria en aquellos aspectos que no son estrictamente culturales. Estos déficits, distanciamientos, diferencias e imitaciones brotan del carácter resistente de nuestras elites políticas y religiosas a la incorporación de una conciencia normativa política y social republicana; pero también proceden de seguimientos forzados y no sentidos de los avances civilizatorios que esa conciencia normativa impulsa, de interpretaciones minimalistas, de variaciones reactivas, de distorsiones impuestas por poderes dogmáticos, de actitudes inflexibles; en suma, de toda una serie de compromisos orientados a mantener su rango directivo sin ulteriores concesiones. Ni siquiera estos elementos fueron innovaciones específicas de la adaptación hispana. Para eso se utilizaron siempre los instrumentos que forjaron nuestros vecinos europeos más afines, y consistieron en la dogmática católica y en la enorme importancia del derecho histórico, al servicio siempre del fortalecimiento de poderes centrales débiles. De ahí la aspiración de derogar derechos históricos periféricos que pudieran resistir su dominio, pero jamás los privilegios propios de los actores centrales, las aristocracias cortesanas, la Corona y la Iglesia.

Incluso esta dimensión que dificulta nuestra incorporación más útil y decidida a Europa (con mejoras políticas, fiscales y sociales capaces de promover la igualdad) tiene una genealogía intelectual europea. Eso que se llama pensamiento reaccionario tiene también una dimensión europea. Tanto es así que nuestro nacional-catolicismo, lo que en el imaginario de muchos españoles constituye lo específicamente español, es una mimesis de *Action Française*, el nacional-catolicismo francés. Esto fue así desde mucho antes. El mito de la Escuela

14. Se puede ver el programa y los libros editados en: <https://www.guillermoescolareditor.com/coleccion/la-inteligencia-hispana-ideas-en-el-tiempo/>.

de Salamanca, con la relevancia otorgada a Francisco Vitoria, no se puede entender sino como continuación, con toda la agudeza que se quiera, del pensamiento parisino de John Major. En realidad, nuestra posición distorsionada respecto de Europa tiene muchos antecedentes históricos. Nuestras elites desean apropiarse selectivamente de los beneficios europeos, pero no disminuir las oportunidades de poder de las que gozan, contrarias a sus normas. Si incorporasen de forma plena la conciencia normativa, su sentido de la política como servicio público y sus exigencias de justicia, su praxis histórica debería cambiar profundamente. Si ese horizonte normativo se acabara imponiendo en toda su plenitud en el tiempo, esas elites preferirían las seguridades de estabilizarse en el poder, aunque en peores condiciones económicas, a exponerse a un desplazamiento en condiciones de rigor y de competencia más fuertes. Esto detiene las posibilidades evolutivas equilibradas en nuestro país. Muchas empresas e instituciones pueden adoptar parámetros claramente europeos, en la medida en que estos las hacen competitivas, pero sin que el país, su Administración y sus estructuras los integren. En este sentido, si se logra ignorar la conciencia normativa que se ha configurado en Europa como resultado de un destilado histórico complejo, entonces esas posibilidades evolutivas como país ni siquiera serán consideradas como una opción. La política de fanatismo que estamos viendo es el sismógrafo de la destrucción ingente de conciencia normativa.

Este es un mal del que debemos curarnos y eso debe ser el tercer punto del programa. Nuestra historia, justo por estos dos elementos cruzados (la ignorancia de nuestra constitución europea y el olvido del arsenal normativo europeo moderno que comienza con la Reforma), se constituye sobre todo por un continuo desgarramiento, consecuencia de la debilidad de estructuras sociales, de la inestabilidad del poder directivo y de una civilización que promueve el uso del poder como ventaja económica, la pobreza y la inseguridad, el dogma y el inmovilismo. Aunque la violencia es continua en la historia, hablamos aquí de una violencia que se dirige sobre todo contra el propio país, lo que produce pobreza, división y guerra civil. Esta violencia es síntoma de una herida que recorre fallas profundas en la constitución social y que genera una característica falta de cohesión y de sentido comunitario. La consecuencia es que la expectativa se centra en los beneficios de una victoria interior, con su imposición de estatus, sobre aquellos otros frutos de una actividad pacífica y laboriosa dirigida al exterior. Esta oportunidad económica de la violencia, el poder y el estatus es una constante en nuestra historia, desde la larga Edad Media a la continua superioridad política sobre poblaciones laboriosas como moriscos y judíos. Esta práctica constituyó un hábito de las capas privilegiadas del país y luego se empleó siglo tras siglo sobre los estamentos plebeyos sometidos a regímenes cercanos a la servidumbre. Por eso no podemos curarnos de esta forma de construir sociedad sobre la división, con los déficits comunitarios que implica, sin historiar cómo las elites promovieron una política de minorías, en la que lograron implicar de forma

fanatizada a los elementos plebeyos que eran víctimas de esas políticas, pero a las que resarcían con imaginarios de supremacía, como los raciales de disponer de sangre cristiana vieja. Sin identificar ese mal radical de España no podemos hacer presente de qué pasado procedemos, qué recursos mentales y psíquicos han usado nuestros gobernantes, qué prácticas han ejercido sobre los gobernados. No se trata solo de relatar cómo se trató a las minorías judías y moriscas por interés en sus historias particulares. Se trata de que ahí se forjaron prácticas que luego se proyectaron sobre las capas desvalidas de las poblaciones, a las que se gobernaron con el mismo desprecio, superioridad, insensibilidad e inhumanidad. Sin identificar ese dispositivo político, que en mi libro *Imperiofilia* he llamado «comunidad negativa», entregada a estructuras centrales y capilares del Estado, como políticas de control que solo dejan en el ciudadano el tipo de actitud que he caracterizado como «marrano emotions»,¹⁵ no estaremos en condiciones de disponer de una comunidad política republicana, capaz de emprender acciones normativamente orientadas. Y si no lo hacemos, seremos víctimas propicias de la agenda fanatizadora que promueve el neoliberalismo global y sus poderes proconsulares por doquier.

15. «Marrano Emotions: Francisco López de Villalobos», en Mercedes GARCÍA ARENAL y Stefania PASTORE (eds.): *From Doubt to Unbelief*, Londres, Legenda Book, 2019, pp. 217-236.

.....
JOSÉ LUIS VILLACAÑAS BERLANGA (Úbeda, 1955) es doctor por la Universitat de València con una tesis sobre la filosofía teórica de Kant dirigida por Fernando Montero Moliner. Actualmente es catedrático y director del Departamento de Filosofía y Sociedad de la UCM, donde además dirige la Biblioteca Virtual de Pensamiento Político Hispánico Saavedra Farjado. Sus últimos libros son *Imperiofilia y el populismo nacional-católico* (Madrid, 2019), *Neoliberalismo como teología política* (Barcelona, 2020) y el cuarto volumen de la serie «Inteligencia hispana, ideas en el tiempo», que lleva por título *Hispania: de sistema imperial a pluralidad de poderes* (Madrid, 2020).